

cuales se remontaban sus castas confiancias! ¡Ojos abiertos del Señor que atraviesan la sombra de los desiertos! ¡Espíritus que llenais el aire, la tierra y los mares! ¡Ángeles de todo nombre, fantasmas misteriosos de que el mundo invisible está más lleno que de átomos! ¡Santos ministros del Padre universal que en todas partes mora, que relucís en ese fuego, que pasais en ese viento! ¡Oh! ¿por qué no apartasteis todo lazo de sus piés, frustando sacrilegos designios? ¿Por qué dejasteis que esos dos corazones se durmieran hasta el nuevo día en la emboscada preparada por su mismo amor? ¿No tenían un solo amigo en el mundo celeste que los despertara con un presentimiento ó con una seña? ¿Acaso se complace la inescrutable y santa voluntad en la ruina del hombre? Pero silencio: toda queja es una ofensa que se hace á Dios: sus ángeles no son santos sino por su obediencia!...

.....

Cuando la barra de fuego hendió el firmamento, se despertaron al oír los alegres gritos de los niños hartos ya de dormir, y cuyas manos buscaban la copa humana destinada á sus labios, pero vacía ¡ay! en el seno materno por la ansiedad de sus crueles sufrimientos. Incorporóse Cedar al oírlos, y paseó sus miradas por el arenal: tres veces llamó á Stagyr con voz robusta, creyendo verle salir de cada ondulacion de la arena; pero su voz, escuchada solamente por el desierto, espiró sin respuesta, y murió en lontananza!....

.....

Entonces brilló una luz horrible en su mente; de su frente brotó glacial sudor; y asaltado por confusas ideas, púsose á reconocer el terreno. Á los pocos pasos tropezó con los dos odres vacíos cuya agua habíala absorbido enteramente la estéril arena y en los cuales se veían las huellas del cuchillo que los habia abierto. Ante aquel testimonio elocuente de tamaña perfidia, recibió su alma un golpe mortal que la dejó anadada; volvióse á mirar á Daidha, y al contemplar sus ojos petrificados de horror, sintió redoblar su espanto; cuanto

más se penetraban mutuamente sus afanosas miradas, más mortal era la respuesta que encontraban en ellas á su horrible duda, y más bebían las oleadas de una prolongada agonía en aquella mirada muda, diálogo sin palabras. Abrumados de terror, bajaron ambos la cabeza, y se sentaron silenciosos y resignados á morir en aquel mismo sitio; mas al ver á sus hijos se sintieron reanimados, causándoles punzante remordimiento su pasajera resignacion. Al escuchar sus gritos Cedar se levanta de pronto; con los ojos fijos en el polvo, interroga el suelo, y procura descubrir en la movediza arena el camino que ha seguido Staguir; pero las alas que el viento agita al amanecer sobre aquellas áridas oleadas han nivelado las arrugas del polvoriento océano y borrado las huellas del infiel guía. Ni siquiera se conocería allí la impresion de la planta de un ave.

Cedar regresó desfallecido de su infructuosa exploracion, mientras Daidha, tendida en el sitio en que la arena estéril debia estar en su concepto empapada de agua, procuraba encontrar el líquido que habia bebido, y mordía aquellos abrasados granos con furibunda desesperacion; acercando luego á sus hijos, les aplicaba la boca contra el suelo, creyendo que éste, apiadado de su sed, no se negaría á devolver el agua que á gritos le pedían, y dando furiosos saltos como una pantera, descargaba fuertes puñetazos en la tierra para vengarse de ella.

Cedar la contempló con los brazos levantados un momento; luego, arrancando á Daidha á aquel delirio insano, y abandonando al cielo su corazón lleno de duda para que un guía invisible le iluminara en su camino, tomó en brazos á sus hijos y echó á andar sin saber á dónde le encaminaban sus pasos. Daidha le siguió, mirando á cada momento el brumoso horizonte, el desierto sobre el cual se extendía un denso velo de polvo ó la niebla que parecia humear; de vez en cuando extendía la mano en determinada direccion, lanzando un grito de esperanza, y obligaba á su esposo á retroceder cien veces por el mismo camino. Con su mirada de madre,

veía surgir una ilusión tras otra en los vapores extendidos por el horizonte; su esperanza, tantas veces frustrada; iba agotando sus fuerzas; cada paso que ambos daban les infundía nuevas vacilaciones; continuamente retrocedían arrepentidos de la ruta que habían emprendido, centuplicando así con tantos errores la extensión de su carrera; y asaltados de pronto de nuevo arrepentimiento se sentaban, se levantaban y volvían á emprender la marcha.

Y mientras tanto el sol, suspendido en la celeste bóveda, marcaba con el sudor de entrambos cada alto que hacían en su camino; su fuerza brotaba chorreando de sus miembros sudorosos; Daidha se hería el seno exhausto de leche, y arrancando sus hijuelos de los brazos de Cedar, vertía en sus labios, para calmar la sed que los abrasaba, sus propias lágrimas, leche del corazón que filtra al través de los ojos. Pero la acritud de su llanto, que tan amargo lo hacía, obligaba á las pobres criaturas á rechazar los besos de su madre.

—Corazón que los has llevado, ¿los dejarás morir? Seno que los has concebido, ¿no puedes nutrirlos?—gritaba al ver lo infructuoso de tan tristes recursos.—¡Oh! Si quisieran beber sangre, me abriría las venas!—Y desgarrándose la piel con sus impotentes uñas, añadía:—¿Por qué no habeis de ser leones? ¡Así lameriais esta sangre!

El dolor insensato de los gritos emanados de su seno maternal, al extenuar su cuerpo, extraviaba su mente. En vano la sostenía Cedar sobre su corazón; Daidha huía de sus brazos contraídos, hasta que cansado el joven de alimentar una esperanza frustrada de continuo, abrazaba el desierto cual si abrazara una tumba.

Las estrellas empezaban á tachonar el firmamento, y la noche vino á aumentar sus terrores. Sentáronse ambos, se abrazaron con mortal vehemencia como dos naufragos, y así permanecieron silenciosos y postrados. Ninguno de ellos se atrevía á pronunciar una palabra; sus corazones tan sólo acertaban á comunicarse sus mútuos sobresaltos, temiendo que desapareciera enteramente el escaso ánimo que les que-

daba al proferir la palabra cuya respuesta no podía ménos de ser horrorosa. Cada uno de ambos devoraba lo que pensaba el otro. Los gritos de sus hijos eran cada vez más débiles, y aún cuando sus corazones los abrigaban entre sus dos pechos, apenas percibían el leve aliento que con dificultad se exhalaba de sus tiernas bocas; la madre calentaba aquellos dos cuerpos sobre su seno, del propio modo que la gallina sigue cobijando á su polluelo aun después de muerto.

¡Ah! ¡Cuántas gotas de agonía bebió la arena durante aquel largo y supremo insomnio! La brisa matinal los refrescó un tanto; el sol empezó á subir por el cielo cual encendida brasa; y el alba, que jugueteaba esplendorosa sobre sus cabezas, teñía el firmamento con sus vistosos matices. Aquella alegría de los cielos parecía un insulto. Los esposos dirigieron en torno miradas afanosas para buscar socorro: pero tan sólo una cigüeña, de matizadas alas, extraviada probablemente también, surcó el aire haciéndolo resonar á pocos piés del suelo, como una larga flecha al fin de su vuelo, y llevando cogido con sus doradas patas uno de sus hijuelos cobijado bajo sus alas. El ave pareció admirarse al ver aquellos seres humanos y se acercó á ellos. Cedar levantó los brazos como para detener á aquel amigo en su carrera y suplicarle que le enseñase dónde estaba el manantial. El fuerte viento del vuelo del ave agitó sus cabellos, mas ésta se alejó sin dar oídos á sus súplicas. Ambos siguieron largo tiempo con la mirada, de colina en colina, su vuelo rastrero hasta el límite en que el cielo se confunde con el horizonte y se consideraron más solos cuando el ave desapareció de su vista.

Uno de los gemelos murió aquella mañana y el otro por la tarde. ¡Efímeras sonrisas de la dicha, que termina en sollozos y que sofoca una lágrima! Cedar no percibió su sorda respiración al morir; solamente sintió que sus cuerpos pesaban más y estaban más fríos, y que sus cabezas, colgando del brazo que los sostenía golpeaban su corazón como una cosa muerta. Su ojo petrificado los contempló sin llorar, y enlazando á Daidha con el brazo que le quedaba libre, huyó llevándose sus hijos muertos y su mujer, como un espectro

que conduce las tres partes de su alma, ó cual víctima escapada de la hoguera que arrastra por su sangre los jirones de su carne.

Así corrió al azar hasta consumir totalmente sus fuerzas y en tanto que sus nervios contraídos engañaron su debilidad: aquel paso desatentado, aquel peso, aquel fogoso movimiento, impedían que su alma sintiera sus propios males. Cuando por fin se detuvo, cayó desfallecido, cayendo al propio tiempo sobre su preciosa carga; Daidha resbaló de su seno á la arena y él se tendió sobre aquellos dos pedazos de su corazón. El sueño, precursor de la muerte cuya imágen era, corrió un velo sobre sus ojos, y engañando falazmente su razón con ilusorios ensueños, le presentó el horizonte inundado de lagos y cristalinas corrientes.

Cuando volvió en sí de aquel letargo, el aura matinal hizo que sus sentidos cobrasen alguna energía; su robusta naturaleza pudo más que la muerte, y su mirada creyó columbrar el límite del desierto.

—¡Oh! ¡Levántate, Daidha, dijo, si aun late tu corazón! Veo elevadas palmeras que descuellan entre los matices de la aurora! Los ángeles del Señor se han apiadado de tí.

—¡Levantarme, ¡levantarme! contestó la madre; ¿y para qué? ¡Ah tigre, á quien odio más de lo que el cordero sin mancha odia el lazo que le arrastra á la muerte! ¡Levantarme yo, seguirte, ir en pos de tus pasos! ¡Ah! ¿Querrias extraviarme todavía, no es así? ¿Desearias infligirme las torturas del desierto, haciendo morir de sed á mis pobres criaturas?

«¡Oh no, no! ¡El cielo los ha devuelto á mis brazos; mi corazón los defenderá ya siempre! ¡Tú no los tendrás, monstruo, sino arrancándome la vida! ¡Ven, ven á quitármelos; te desafío á que lo hagas! Dios los protege aquí contra tus crueldades; en estos sitios los ha puesto á cubierto de todo mal. ¿No ves cuán contentos están en estas orillitas orladas de musgos donde sus manecitas sacan agua tan dulce? ¿Cómo los refresca la sombra del nenúfar! ¡Cómo desprende á sus piés

juguetones sus sabrosos frutos la rama oscilante del limonero! ¡Cuántas flores, cuánta miel, cuántos jugos y gomas manan de la corteza ó llueve de las ramas ó se escapan formando arroyos de las repletas colmenas! ¡Qué bien se está en estos sitios, que un solo aspecto ofende y un solo mal amenaza, tu presencia tigre!...»

Y fijando en Cedar esa mirada insistente en que el furioso delirio parece enrojecer un dardo, y echando atrás la cabeza para apartarse de él, le descargaba fuertes golpes como para dar mayor expresion á sus ideas, estrechaba violentamente contra su seno los cadáveres de sus hijos y los escondía en los pliegues de su cuerpo.

En vano Cedar, para disipar aquel delirio, le dirigia las palabras más cariñosas, buscaba sus miradas y le prodigaba sonrisas; su tierna solicitud tan sólo inspiraba espanto, y Daidha seguía contemplándole con expresion y gritos de horror. ¡Ah! ¡Aquel fué el fondo de su amargo cáliz! En la última gota bebió todo su suplicio. Su vigoroso corazón se habia multiplicado hasta entonces en el destino de la mujer unida á su destino por la muerte; la muerte, ¡sí! pero la muerte, conservando el amor de lo que se ama suavizaria al ménos la angustia del postrer abrazo. ¡Volar unidos á más dulce mansion hubiera sido para él una amorosa agonía! Pero ¡que aquella mirada fija y sombría, único punto luminoso que le quedaba en la oscuridad, le desconociera!... ¡No poder atraer hácia sí con la voz ni con los ojos aquel rayo de amor que poco ántes le inundaba! ¡Prodigar tiernas palabras á un oído insensible, y no encontrar más que un abismo en el fondo de sus párpados! ¿Pero qué más? ¡Haberse convertido de pronto para ella en el objeto más extraño y más odioso! ¡Ver cómo extendia los brazos para librarse de su presencia! ¡Ah! ¡Esto era recibir cien veces la muerte por aquello mismo que le hacia vivir, ver desvanecerse el pasado como un sueño, sentir cómo se aniquilaba el corazón en que se apoyaba el suyo!

Al horrible fulgor de tan insoportable tormento, Cedar lle-

gó á dudar de sí, de ella y hasta de Dios; y á la menera del hombre que pierde todo sentimiento, apoderóse de su alma el desvanecimiento de la nada, por cuyo abismo rodó, destrozándose contra sus agudas puntas. Quedóse inmóvil contemplando á Daidha con la cabeza baja, el pié saliente y unidas las manos, y así le fué anegando de oleada en oleada el mar de los dolores.

Cuando volvió en sí para encaminarse en direccion del oriente, quiso levantar de nuevo á Daidha; mas esta, crispó con más fuerza sus dedos que parecían adheridos á los filamentos de unos arbustos secos, se aferró al suelo con feroz energía, llenóse la boca de polvo y de sangre, y cubrió á sus hijos con su pecho para impedir que se los arrebatara su padre en quien veía su asesino. Cedar no pudo, á causa de su desfallecimiento, arrancarla de aquel suelo en que la rabia de que estaba poseída la hacia buscar una muerte voluntaria; por lo cual se decidió á ir solo en busca de la suspirada agua cuyo manantial esperaba encontrar pronto caminando con más ligereza, sin que le embarazase el peso de su triple carga, y anticiparse así á la muerte volviendo con la vida.

Echó á andar hácia la playa en que habia lucido un destello de esperanza. La arena del desierto iba desapareciendo poco á poco, y así como un sepulturero para medir la dimension de una tumba, da algunos pasos dejando señalado en el terreno la huella de sus piés, los ángeles le veían medir á grandes pasos el campo de su muerte, con el corazon lleno de luto. Su sombra le seguía como el ala rota que una cigüeña herida arrastra por el suelo: los declives del desierto iban reduciéndose por grados, y asomaban ya por el horizonte, cual surgen los mástiles del seno de las ondas, las copas de las palmeras de una tierra fecunda. De pronto divisó el rio que desplegaba sus aguas bajo el velo ondulante de los cañaverales de sus márgenes, y á su aspecto recobró la esperanza y las fuerzas: desgarró la corteza de una palmera secular, corrió al rio y se introdujo en él. La brisa húmeda y las azuladas ondas subían espumosas hasta el nivel de sus

sedientos labios, pero Cedar apartó la boca y la mirada del incitante licor, no queriendo gustarlo ántes que Daidha participara de él; llenó de líquido la hueca corteza, regresó sin demora temeroso de que su trémula mano le hiciera verter una sola gota, corrió con el cuerpo erguido, los brazos hácia delante, viendo todo sus pasos impresos todavía en el terreno movedizo, y al divisar á lo lejos el grupo de las prendas de su alma, levantó la copa en sus manos gritando con todas sus fuerzas.

Mas ¡ay! ninguna voz respondió á la suya; ningun brazo se estendió hácia los que él alargaba. Daidha dormía ya en el seno de la muerte: el aliento de su boca no agitaba ya el aire ambiente; el lagarto se acercaba á ella sin recelo; la mosca y la hormiga recorrian libremente su rostro dormido y en sus labios entreabiertos dibujábase aun la sonrisa insensata de su postrer delirio. Los niños yacían atravesados sobre su cuerpo en el que parecían esconder sus rostros encantadores; al ver aquel grupo, cualquiera hubiese creído que la madre atendiendo á los gritos de sus hijos despues de una larga jornada, les estaba dando el pecho y que, sorprendida por el sueño, dormía sola con ellos y á los raycs del sol.

Cedar adivinó la muerte en la inmovilidad de aquel fúnebre grupo, y entónces arrojó la copa, viendo huir la vida con aquella agua, del propio modo que el hombre desesperado ve impasible cómo mana su sangre bajo el filo del cuchillo. Revolcándose luego á los piés de aquellos adorados séres, descargábase terribles puñetazos en su pecho sonoro, se levantaba en seguida para dar insensatos saltos, y cual toro que escarba furioso el polvo, recogía puñados de arena, arrojándoles frenético contra aquel cielo de plomo; y así coma se escupe al rostro de la persona á quien se desea inferir un insulto, así tambien hubiera querido tener su propio corazon en la mano para arrojárselo al cielo!

—¡Oh tierra, madrastra del hombre! gritaba: ¡maldito sea por siempre tu nombre! ¡Maldita seas en todo grano de arena, en todo tallo de yerba de donde la vida y el espíritu brotan

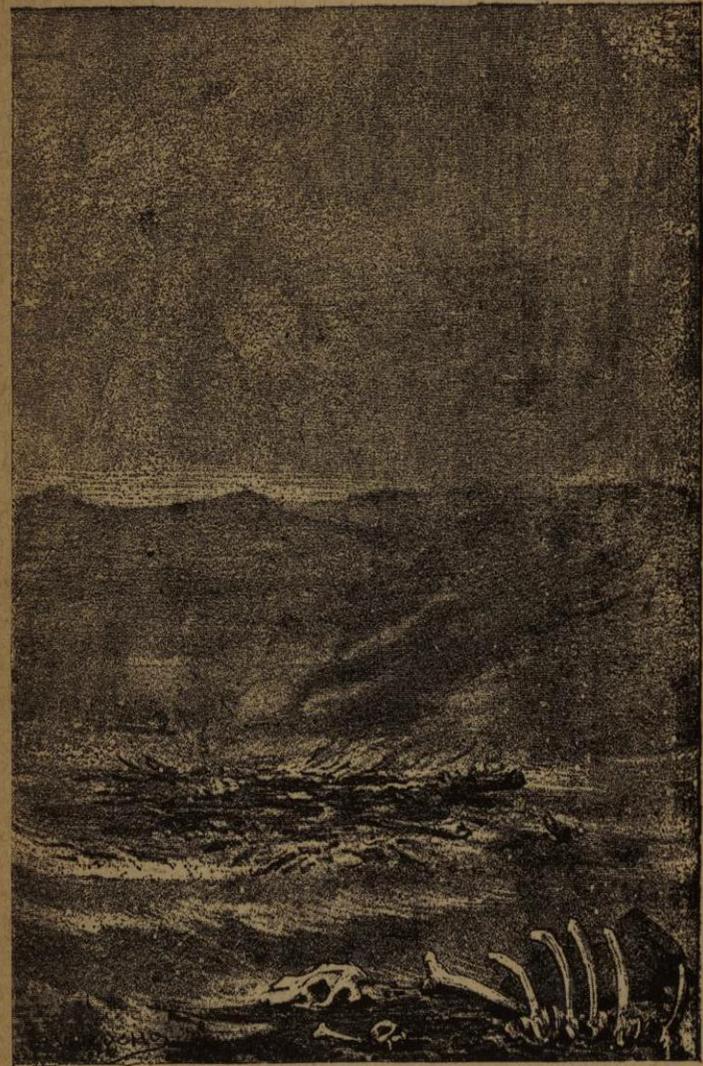
como un veneno! En la mortífera sávia que circula bajo tu corteza, en la onda que te refresca y en el fuego que te abraza, en el aire emponzoñado que haces respirar al sér humano, á ese juguete tuyo nacido para morir! ¡En sus huesos, en su carne, en su sangre, en sus fibras, en los que el sentido del suplicio es el único que vibra; en que las palpitaciones que agitan el seno de la vida no son otra cosa sino latidos de dolor; en que el hombre, niño de ultrajante ironía, mide las horas de su existencia por sus horas de angustia! ¡En que ese sopló animado exhalado un momento, conoce que es espíritu solamente por sus gemidos! ¡Todo sér que lo desconocido engendra en tu seno, gime al llegar á tí y te aborrece al dejarte! ¡Cuantos hombres salen á luz en tus ámbitos viven desesperados y echando de ménos la nada! ¡Maldita por siempre sea la hora lamentable en que he cruzado sobre tí! ¡Qué tu cieno me olvide, sin que en él quede un solo momento la huella de mis pasos! ¡Que el viento, cuyas alas te rozan con disgusto, disperse hasta la menor partícula de nuestros cuerpos consumidos! Y que en tu haz, oh tierra, no quede otro recuerdo mio sino la imprecacion que lanzo sobre tí!

Una estentórea carcajada resonó en el aire silencioso, cual única respuesta á su insano delirio. Volvió Cedar el rostro y vió asomar por detrás de una eminencia cercana los cinco gigantes y el traidor Stagyr.

—¡Muere, bestia inmunda de angélicas facciones! le gritaron. Tu fuerza nos venció, pero la pérfida astucia nos venga. Dejemos ese pasto á los chacales del desierto; su muerte nos conserva en nuestro rango de dioses, y el hombre aguarda nuestras cadenas!

Así dijeron, y volviendo la espalda, desaparecieron, mientras el eco de sus voces se iba extinguendo gradualmente en las profundidades del desierto.

Tan procaces y despreciativas palabras, que fueron el adios postrero que Cedar recibía de los hombres, hicieron que éste, en su frenética rabia, se irguiera contra Dios. Todo el universo giró en su trastornado cerebro, y ya no tuvo más que



Aquel edificio de fuego fuè hundiéndose por grados

un afán, un objeto una idea; anonadar su alma y arrojarla al viento. Levantándose cual gladiador herido, hizo en las colinas próximas inmenso acopio de zarzas y malezas; las fué empujando con el pié en torno de los tres cadáveres, las acumuló á modo de hoguera circular; se metió en el centro de aquel fúnebre círculo, y prorumpiendo en blasfemias á guisa de himno de muerte, sacó chispas de un pedernal, prendió fuego á aquel monton de ramaje seco, aglomerado capa por capa, y cogiendo en sus brazos á su mujer y á sus hijos, estrechó los tres cadáveres sobre su corazón, y aguardó impávido el resultado.

Culebreando las llamas en la enorme hoguera, avivada en breve por el viento del desierto, lo sepultaron vivo entre oleadas de humo como las de un mar proceloso envuelven al triste náufrago. Aquel edificio de fuego fué hundiéndose por grados; entónces un espíritu celeste bajó á posarse sobre la llama, y dispersando las cenizas con irritadas alas, exclamó:

— ¡ Desciende, desciende ya que así lo quisiste! ¡ Mide, oh espíritu caído, la extension de tu caída por la de tu remordimiento! ¡ Saborea el gusto de la muerte así como has saboreado el de la vida! ¡ No te remontarás al cielo en que naciste sino por las cien gradas de la escala del sér, cada una de las cuales te abrasará el pié al subir por ellas; no podrás expiar tu crimen de amor hasta que tus cenizas, dispersadas á los cuatro vientos, reunidas por el tiempo y reanimadas por Dios, hayan recogido tu cuerpo de todos los elementos para rodear tu espíritu de nuevas vestiduras, y proporcionando á tu alma otra carnal envoltura, hayas renovado nueve veces tu vida y las pruebas porque has de pasar, á no ser que el perdon, justicia del amor, descienda en cuerpo mortal á esta terrestre morada!

.....

Quando cesó la voz, desencadenóse el huracan sobre la inmensa llanura, sopló con todo su aliento sobre la hoguera y dispersó la ceniza en lividos torbellinos, bien así como el sembrador dispersa en invierno la simiente por los surcos. Cubrióse el occidente de amenazas y de rayos; estremeciósse el polvo del inmóvil desierto; densos nubarrones, preñados de agua y truenos, gravitaron sobre los montes como sombría carga, y alzando el hombre su frente á la celeste bóveda, sintió caer sobre él una primera gota.

.....





